

descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrían unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes: traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la lijereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguillo, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó D. Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas, hasta hallarle; y así mandó á Sancho que se apease del asno, y atajasé por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les había quitado de delante. No podrá hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo; y venté ahora tras mí poco á poco como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearémos esta serrezuela, quizá toparémos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el rey me hacía franco. Engañaste en eso, Sancho, respondió D. Quijote, que ya que hemos caído en sospecha de quién es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos: y cuando no le buscásemos, la vehementé sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo. Y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pié y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte; y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces D. Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos, que quién les había traído por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde D. Quijote estaba, dijo: Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que há ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado

por ahí á su dueño? No hemos topado á nadie, respondió D. Quijote, sino á un cojin y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debajo de los piés se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dijo D. Quijote, ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pié de seis meses, poco mas á ménos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta que decís que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dijimosle, que era esta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entráis media legua mas adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entónces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decirle nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña lijereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; y mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedimosle tambien, que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le halláramos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuánto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole cómo le habíamos visto

la vez primera, y cuál le veíamos entónces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortes y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortésana persona. Que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le había sobrevenido. Mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo: ¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste: estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño; y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámosele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguillo: por esto conjeturamos, que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le había conducido. Todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que esta de aquí ocho leguas, y allí le curarémos, si es que su mal tiene cura, ó sabrémos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros, de lo que me habeis preguntado; y entended, que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes pasar con tanta lijereza como desnudez (que ya le había dicho D. Quijote cómo había visto pasar aquel hombre saltando por la sierra): el cual quedó admirado de lo que al cabrero había oído, y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado de buscallo por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle. Pero hizo lo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos

estaban, el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto mas de lejos. Su traje era cual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió D. Quijote que un colete hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debía de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la mala figura*, como á D. Quijote el de la *Triste*, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de D. Quijote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de D. Quijote, que D. Quijote lo estaba de verle á él. En resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento, fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

## CAPITULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de Sierra-Morena.

Dice la historia que era grandísima la atencion con que D. Quijote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual prosiguiendo su plática dijo: Por cierto, señor, quien quiera que seais (que yo no os conozco), yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió D. Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavia es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quién sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona: y juro, añadió D. Quijote, por la orden de caballeria que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado, le dijo: Si tienen algo

que darne á comer, por amor de Dios que me lo dén, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia que tragaba; y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo, que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: Si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interrumpieris el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron á la memoria á D. Quijote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el río, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: Esta prevencion que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. D. Quijote se lo prometió en nombre de los demas, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía, mi linaje noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veían que cuando pasaran delante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbetan decantada de los poetas; y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo; porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales, con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y

cuántos billetes la escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedirselo á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dijese: y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, ántes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su Estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mí mismo me pareció mal, si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia: De aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque; y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fui dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndome los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida, fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentilhombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que D. Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comuniquen, y la privanza que yo tenia con D. Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia,

se determinaba en cuál de estas cosas tuviese mas excelencia, ni mas aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de D. Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, á darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas D. Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y así por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses; y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apénas le oí yo decir esto, cuando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los mas firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con titulo de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió pues que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor; quiero decir, que así como D. Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingia quererle ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibíle mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta por mi mal á D. Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada. Cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos: violó en sayo, tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle mas el deseo (que á mí me celaba, y al cielo á solas descubria)

quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demas mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con cuán justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razon á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática aunque la trujese por los cabellos: cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de *Amadis de Gaula*... No hubo bien oído D. Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darne á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sobrosa leyenda. Así que, para conmigo no es menester gastar mas palabras en declarar me su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta mujer del mundo; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de *Don Rugel de Grecia*, que yo se que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no dura mas en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de treientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno; merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced de haber contravenido á lo que prometimos de no interrumpir su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así que, perdón, y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y puesto que dos veces le dijo D. Quijote que proseguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: No se me puede quitar del pensamiento ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Eli-

sabad estaba amancebado con la reina Madásima. Esoto, voto á tal, respondió con mucha cólera D. Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y esa es una muy grande malicia, ó bellaquería por mejor decir: la reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapotras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madásima le habia oído. ¡Extraño caso! que asi volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentis y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro; y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si D. Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho asido con el cabrero: Déjeme vuestra merced, señor caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado. Así es, dijo D. Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y D. Quijote volvió á preguntar al cabrero, si sería posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Dijole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

## CAPITULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra-Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

Despidióse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que

le tenia mandado. Mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: Señor D. Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió D. Quijote; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar dese salvoconducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ¿ó qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seistorniscones. A fe, Sancho, respondió D. Quijote, que si tú supieras como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabad, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo, ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda; pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madásima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido hermosa, ademas fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabad le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas todas lo que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho,

allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada: no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: cuanto mas que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo, cuanto mas que de Dios dijeron. ¡Válame Dios, dijo D. Quijote, y qué de necesidades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétese en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciera, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual despues de hallado quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo D. Quijote, porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra, y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo D. Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno, fué el solo, el primero, el unico, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para D. Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asimismo, que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos y describiéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y eternos caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo,

Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería; y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que, me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió D. Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldan, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan ó Orlando ó Rofolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me parecieren ser mas esenciales; y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necesidades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano? Ahí está el punto, respondió D. Quijote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado. Quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso; que como ya oiste decir á aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si fuere tal, cual á mí se le debe, acabare ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de véras, y siéndolo, no sentiré nada. Así que, de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambriño? que ya vi que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos; pero no pudo, donde se puede echar de